

EL DON DE ESCRIBIR

1 de enero de 2002

Deseo compartir algunos hechos y comentarios, relacionados con mi trayectoria de escritor y poeta aficionado; que pueden ser útiles para aquellos hermanos que están comenzando, llenos de ilusiones fundadas en lo que podrían obtener en este campo.

De la abundancia del corazón escriben las manos

Soy cristiano. Sin duda, este principal aspecto de mi manera de vivir y ver las cosas se refleja también en lo que escribo. Sin embargo, esto no ocurre porque, obstinadamente, me proponga obtener un resultado de carácter religioso.

Aunque parezca curioso, al comenzar un relato, sólo conozco en parte lo que ocurrirá con los personajes. Es necesario que ellos tomen vida propia, para que su actuación sea convincente, aun cuando en la narración aparezcan juntos ciertos elementos que en la realidad no siempre se dan de esa manera. Lo extraordinario de este asunto es que, así como el lector disfruta y se sorprende con las situaciones que se dan a medida que recorre cada línea escrita, a mí me ocurre lo mismo a medida que enfrento cada nuevo espacio en blanco, que se empapa con palabras que surgen de mi ser. A veces, resulta muy fácil escribir algunas líneas; en otras ocasiones, he tardado años en realizar alguna idea, o meses en encontrar el verso que me falta para completar un poema. Cabe preguntar: ¿Qué es esto?

¿Inspiración o don divino? ¿Ingeniería u obra de arte? ¿Raciocinio o sentimiento?

Si trato de reflexionar acerca de este asunto, puedo llegar a algún tipo de respuesta elaborada, que me satisfaga en el momento. Pero lo cierto es que no ha sido esa misma reflexión profunda la que ha logrado el resultado literario, que otros pueden admirar. Los procesos mentales encierran un sinnúmero de misterios, que nadie ha logrado develar completamente; y que transcurren a velocidades casi infinitas.

Entonces, lo único que me parece verdadero es aquello que me sacude el alma cada día. De cada una de esas emociones va quedando un remanente que, de alguna

forma, surge a la superficie en el momento menos pensado y se desnuda en el lenguaje de una obra literaria. Claro es que, habiendo desarrollado mi existencia en una permanente unión con Dios, mediante la maravilla de la fe en Cristo, que se arraiga en lo más profundo de mi ser, es natural que surja en mi escritura este cariz de misticismo. La temática de mis producciones, tal como ocurre en las circunstancias que se presentan durante la vida de un individuo, tratan sobre temas muy diversos; en los cuales no necesariamente aparece la fe religiosa en forma explícita, como ocurre en los testimonios o en los tratados teológicos; pero lo que sí se aprecia constantemente es la importancia de los valores cristianos, aunque haya personajes que no creen en Dios o algún episodio infeliz.

A veces, en medio de una composición, dudo acerca del valor que tendrá ésta para otros: editores, escritores, aficionados, eruditos o estudiantes. Lo deseo, ciertamente; porque también yo he gozado con las narraciones y poemas de otros, aunque ellos jamás hayan llegado a enterarse. Lo cierto es que disfruto en gran medida mientras las ideas van plasmándose en las hojas, al descubrir aquello que permanecía oculto en mi espíritu.

Los niños pequeños inventan cuentos con una facilidad que nos sorprende y nos divierte. En cambio, los adultos perdemos cada día un poco de inocencia. Jesús enseñó que sus discípulos debían ser como niños, para entrar al Reino de los Cielos; y es que ellos no necesitan de elaborados argumentos racionales para creer que existe un mundo tan maravilloso, más allá de la muerte y aún en medio de nosotros. Por eso, estoy convencido de que, mientras más cerca permanezcamos de El y en mayor medida nos empapemos de su sencillez incomparable, mayor sensibilidad tendremos frente a su maravillosa obra universal, y podremos producir mejores obras de arte.

En busca de un grupo literario

En medio de mi adolescencia, quise encontrar un taller literario o algo así, donde pudiera exponer y perfeccionar los poemas que escribía en ese tiempo. Estos eran muy

valorados por mis compañeros de estudio y por mis hermanos del Centro Evangélico Universitario. Sin embargo, muy pocos se atrevían a mostrar los versos que escribían, como yo lo hacía, a través de papeles manuscritos y algunas presentaciones públicas.

Así fue como llegué a un taller, cuyos integrantes intervenían en un programa radial, cierto día lunes de 1978. Me atendieron bien, pero me sentí extraño en medio de esas personas que no conocía. Recuerdo en especial los últimos versos de uno de los poemas que fueron leídos en esa oportunidad: “*en el otro extremo estaba Dios, a punto de suicidarse*”. Reconocían como unos de sus líderes espirituales a Vicente Huidobro, y sus postulados *creacionistas*, que sólo años más tarde llegué a conocer, sin compartirlos jamás. Me fui algo asustado, para no volver, ya que esas reuniones se topaban en su horario con las del C. E. U., y consideré que no había comparación posible entre ambas.

Al comenzar mis estudios de ingeniería, en la Universidad de Chile, ciertos alumnos pasaron por cada sala haciendo una invitación a los novatos, para que se integraran a su taller literario. Yo acepté el desafío, pero me decepcionó la visión pesimista, atea y sobrecargada de afanes políticos que había en sus reuniones. Sentí entonces el inmenso contraste entre su visión terrenalista de las cosas, que les provocaba mucha amargura y poca esperanza sobre lo que no fuera el ejercicio de la fuerza y la protesta; y mi visión celestialista, que pretendía acatar ante todo la voluntad divina, admitiendo que en última instancia sólo Dios podía saber lo que era mejor para cada persona, grupo o nación. Así es que pronto decidí retirarme, para no sufrir tal diferencia.

Como se puede ver, aunque estamos en el mundo, tampoco los escritores cristianos podemos relacionarnos *completamente* con los intelectuales del mundo, de manera cómoda; aunque sí podamos intercambiar opiniones. Esto ocurre porque con frecuencia ellos son irrespetuosos con lo que más amamos: Dios, la Iglesia y la Biblia; lo cual nos duele demasiado.

Concursos literarios y publicaciones

Mi primer premio literario lo obtuve a los nueve años, por una *Composición a la Amistad*, en un concurso que se realizaba cada año en los colegios, durante la semana

del niño. Desde entonces, con frecuencia mis profesores de castellano me felicitaban por lo que escribía; y me instaban a seguir adelante. Durante el primer año en la Facultad, escribí un cuento titulado *Complejo de Ingeniero*, que fue publicado en la revista del Centro de Alumnos; y alcanzó bastante notoriedad, por revelar la dura realidad que les tocaba vivir a los estudiantes universitarios. Gracias a Dios, llegué a recibirme años más tarde; pero fueron muchos los que se quedaron en el camino.

En el año 1984, la organización de Juventudes Metodistas Pentecostales (JUMEP), organizó un concurso literario internacional, para celebrar el septuagésimo quinto aniversario de nuestra Corporación. Gracias a Dios, obtuve el segundo lugar con el poema *Profecía*; lo que tuvo un gran significado espiritual para mí, aunque los galardones materiales fueron muy sencillos. Sin embargo, hasta hoy no he vuelto a saber de otra competencia literaria evangélica.

En concursos internos, realizados en el lugar donde trabajo, durante la década de los noventa, conseguí un tercer lugar con el cuento *La Nube* y un primer lugar con el cuento *Falla Humana*; además de un primer lugar con el poema *Ahora Comprendo*. Por otro lado, obtuve un tercer lugar con el cuento *Desmasificación*, en un concurso efectuado por la Corporación Bresky; y un premio en novela corta con *Pequeño Sol*, que me otorgó la Editorial Salesiana (católica) en el año 1994, y que me dio derecho a una publicación. Desgraciadamente, este último concurso, convocado para resaltar valores, desapareció junto con la editorial.

Hasta aquí he descrito la parte *buena* de los concursos, para no aparecer como quejumbroso. Desgraciadamente, existe la otra cara; que no consiste solamente en no ganar un premio, sino en el constatar que muchas veces las obras premiadas se alejan mucho de lo que un cristiano puede leer con agrado. ¿Cómo es posible competir con ellas, si para quienes dan el veredicto, Dios, Jesús, el Espíritu Santo, los ángeles y los milagros no pasan de ser un mito?

Debemos actuar con sabiduría

La historia que he relatado hasta aquí, con la mayor brevedad posible, nos muestra con claridad las dificultades que debe enfrentar el artista cristiano, si desea

mantener su fe con orgullo, tan en alto como nos lo indica la Palabra de Dios.

Cuando ingreso a una librería evangélica, la veo repleta de artículos bíblicos, teológicos y ornamentales; pero poco hay acerca de poemas o cuentos de inspiración cristiana. Mientras tanto, nuestros hijos pequeños son obligados a leer, en el colegio, libros que hablan de brujas, duendes, extraterrestres, fantasmas, hadas, monstruos, espíritus, viejos pascueros, y todo tipo de personajes fantásticos, en medio de los cuales la presencia de Dios casi no se advierte. Lo mismo ocurre en muchas de las películas que exhibe la televisión. No será nada raro, en consecuencia, que nuestra sociedad se vea cada día menos creyente, entre aquellos que no poseen un fundamento tan sólido como el nuestro; como ya ocurre en ciertos países europeos.

En cuanto dejamos de ser niños, inevitablemente tenemos que enfrentarnos a un mundo hostil, ante lo cual debemos admitir que es preferible conocer las crudezas de la realidad que nos circunda a través de relatos ajenos, antes que caer personalmente en ese juego. Los que llevamos toda una vida en medio de una congregación, hemos escuchado cientos de experiencias acerca de las extraordinarias transformaciones que el Espíritu Santo realiza en las personas que no nacieron en el seno del Evangelio; sin embargo, ningún padre desea que su hijos sean los próximos en sufrir, para que aprendan a apreciar el valor de la doctrina cristiana. Estos testimonios suelen ser transmitidos en forma oral, por lo cual muchos desaparecen junto con sus protagonistas. Los libros, con su permanencia en el tiempo, son herramientas fundamentales para crecer en cultura, y no cometer los mismos errores en los que otros cayeron.

También he tenido la bendición de colaborar en la confección de *páginas web* cristianas, tanto en Chile como en Argentina. Sin duda, el potencial de este moderno medio de difusión que es *Internet*, la red electrónica universal, es inmensurable; aunque aún estamos lejos del día en que la mayoría de las personas tenga acceso a ella. Más allá de las limitaciones técnicas y económicas que acarrea esta opción, no es fácil determinar quién es quién, entre tantas fuentes de datos que allí son ofrecidas. Con un buscador se puede llegar tanto a un portal cristiano genuino, como a sitios plagados de valores negativos, o que son promocionados por ideologías contrarias al cristianismo.

Es necesario que nos mantengamos alerta, y nos organicemos para evitar que nuestros jóvenes acudan en busca de horizontes aparentemente más auspiciosos, con

el afán de que sus méritos sean destacados. Soy un evangélico tradicional, que no bebe alcohol, no fuma, no se droga, no asiste a fiestas mundanas, ni se ha apartado nunca de la iglesia. Y porque deseo que mis hijos sigan un camino similar al mío, a través de Cristo; ruego a Dios que nos conceda la sabiduría para saber como enfrentar los desafíos que nos plantea el mundo en que vivimos.